

**SERMONES**  
**DE**  
**SAN JUAN BTA. M.<sup>a</sup> VIANNEY**  
**CURA DE ARS**

---

**VERSION Y PRÓLOGO**  
**POR EL**  
**M. Iltre. Dr. D. JOSÉ M.<sup>a</sup> LLOVERA**  
Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona

---

**TOMO PRIMERO**

**Serie**  
**Grandes Maestros**  
**Nº 13**

**Editorial**  
**APOSTOLADO MARIANO**  
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA  
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78  
[www.apostoladomariano.com](http://www.apostoladomariano.com)

---

ES PROPIEDAD

---

COPYRIGHT 1927 BY  
EUGENIO SUBIRANA

---

29548. — Imp. del Editor

# PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

## SOBRE EL JUICIO FINAL

*Tunc videbunt Filium hominis  
venientem cum potestate magna  
et maiestate.*

Entonces verán al Hijo del hombre viniendo con gran poder y majestad terrible, rodeado de los ángeles y de los santos.

(S. Luc., XXI, 27.)

No es ya, hermanos míos, un Dios revestido de nuestra flaqueza, oculto en la obscuridad de un pobre establo, reclinado en un pesebre, saciado de oprobios, oprimido bajo la pesada carga de su cruz; es un Dios revestido con todo el brillo de su poder y de su majestad, que hace anunciar su venida por medio de los más espantosos prodigios, es decir, por el eclipse del sol y de la luna, por la caída de las estrellas, y por un total transtorno de la naturaleza. No es ya un Salvador que viene como manso cordero a ser juzgado por los hombres y a redimirlos; es un Juez justamente indignado que juzga a los hombres con todo el rigor de su justicia. No es ya un Pastor caritativo que viene en busca de las ovejas extraviadas para perdonarlas; es un Dios vengador que viene a separar para siempre los pecadores de los justos, a aplastar los malvados con su más terrible venganza, a anegar los justos en un torrente de dulzuras. Momento terrible, momento espantoso, ¿cuándo llegarás? Momento desdichado ¡ay! quizás en breve llegarán a nuestros oídos los anuncios precur-

sores de este Juez tan temible para el pecador. ¡ Oh pecadores ! salid de la tumba de vuestros pecados, venid al tribunal de Dios, venid a aprender de qué manera será tratado el pecador. El impío, en este mundo, parece hacer gala de desconocer el poder de Dios, viendo a los pecadores sin castigo ; llega hasta decir : No, no, no hay Dios ni infierno ; o bien : No atiende Dios a lo que pasa en la tierra. Pero dejad que venga el juicio, y en aquel día grande Dios manifestará su poder y mostrará a todas las naciones que El lo ha visto todo y de todo ha llevado cuenta.

¡ Qué diferencia, H. M., entre estas maravillas y las que Dios obró al crear el mundo ! Que las aguas rieguen y fertilicen la tierra, dijo entonces el Señor ; y en el mismo instante las aguas cubrieron la tierra y la dieron fecundidad. Pero, cuando venga a destruir el mundo, mandará al mar saltar sus barreras con ímpetu espantoso, para engullir el universo entero en su furor. Creó Dios el cielo, y ordenó a las estrellas que se fijasen en el firmamento. Al mandato de su voz, el sol alumbró el día y la luna presidió a la noche. Pero, en aquel día postrero, el sol se oscurecerá, y no darán ya más lumbre la luna y las estrellas. Todos estos astros caerán con estruendo formidable.

¡ Qué diferencia, H. M. ! Para crear el mundo empleó Dios seis días ; para destruirle, un abrir y cerrar de ojos bastará. Para crearle, a nadie llamó que fuese testigo de tantas maravillas ; para destruirle, todos los pueblos se hallarán presentes, todas las naciones confesarán que hay un Dios y reconocerán su poder. ¡ Venid, burlones impíos, venid incrédulos refinados, venid a ver si existe o no Dios, si ha visto o no todas vuestras acciones, si es o no todopoderoso ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ cómo cambiará de lenguaje el pecador en aquella hora ! ¡ qué de lamentos ! ¡ ay ! ¡ cómo se arrepentirá de haber perdido un tiempo tan precioso ! Mas no es tiempo ya,



todo ha concluído para el pecador, no hay esperanza. ¡ Oh, qué terrible instante será aquél ! Dice San Lucas que los hombres quedarán yertos de pavor, pensando en los males que les esperan. ¡ Ay ! H. M., bien puede uno quedarse yerto de temor y morir de espanto ante la amenaza de una desdicha infinitamente menor que la que al pecador le espera y que ciertísimamente le sobrevendrá si continúa viviendo en el pecado.

H. M., si en este momento en que me dispongo a hablaros del juicio, al cual compareceremos todos para dar cuenta de todo el bien y de todo el mal que hayamos hecho, y recibir la sentencia de nuestro definitivo destino al cielo o al infierno, viniese un ángel a anunciaros ya de parte de Dios que dentro de veinticuatro horas todo el universo será abrasado en llamas por una lluvia de fuego y azufre ; si empezaseis ya a oír que el trueno retumba y a ver que la tempestad enfurecida asuela vuestras casas ; que los relámpagos se multiplican hasta convertir el universo en globo de fuego ; que el infierno vomita ya todos sus réprobos, cuyos gritos y alaridos se dejan oír hasta los confines del mundo, anunciando que el único medio de evitar tanta desdicha es dejar el pecado y hacer penitencia ; ¿ podríais escuchar, H. M., a esos hombres sin derramar torrentes de lágrimas y clamar misericordia ? ¿ No se os vería arrojaros al pie de los altares pidiendo clemencia ? ¡ Oh ceguera, oh desdicha incomprensible, la del hombre pecador ! los males que vuestro pastor os anuncia son aún infinitamente más espantosos y dignos de arrancar vuestras lágrimas, de desgarrar vuestros corazones.

¡ Ah ! estas terribles verdades van a ser otras tantas sentencias que pronunciarán vuestra condenación eterna. Pero la más grande de todas las desdichas es que seáis insensibles a ellas y continuéis viviendo en pecado sin reconocer vuestra locura hasta el momento

en que no haya ya remedio para vosotros. Un momento más, y aquel pecador que vivía tranquilo en el pecado será juzgado y condenado; un instante más, y llevará consigo sus lamentos por toda la eternidad. Sí, H. M., seremos juzgados, nada más cierto; sí, seremos juzgados sin misericordia; sí, eternamente nos lamentaremos de haber pecado.

I. — Leemos en la Sagrada Escritura, H. M., que cada vez que Dios quiere enviar algún azote al mundo o a su Iglesia, lo hace siempre preceder de algún signo que comience a infundir el terror en los corazones y los lleve a aplacar la divina justicia. Quiriendo anegar el universo en un diluvio, el arca de Noé, cuya construcción duró cien años, fué una señal para inducir a los hombres a penitencia, sin la cual todos debían perecer. El historiador Josefo refiere que, antes de la destrucción de Jerusalén, se dejó ver, durante largo tiempo, un cometa en figura de alfanje, que ponía a los hombres en consternación. Todos se preguntaban: ¡Ay de nosotros! ¿qué querrá anunciar esta señal? tal vez alguna gran desgracia que Dios va a enviarnos. La luna estuvo sin alumbrar ocho noches seguidas; la gente parecía no poder ya vivir más. De repente, aparece un desconocido que, durante tres años, no hace sino gritar, día y noche, por las calles de Jerusalén: ¡Ay de Jerusalén! ¡Ay de Jerusalén!... Le prenden; le azotan con varas para impedirle que grite; nada le detiene. Al cabo de tres años exclama: ¡Ay! ¡ay de Jerusalén! y ¡ay de mí! Una piedra lanzada por una máquina le cae encima y le aplasta en el mismo instante. Entonces todos los males que aquel desconocido había presagiado a Jerusalén vinieron sobre ella. El hambre fué tan dura que las madres llegaron a degollar a sus propios hijos para alimentarse con su carne. Los habitantes, sin saber por qué, se degollaban unos a

otros; la ciudad fué tomada y como aniquilada; las calles y las plazas estaban todas cubiertas de cadáveres; corrían arroyos de sangre; los pocos que lograron salvar sus vidas fueron vendidos como esclavos.

Mas, como el día del juicio será el más terrible y espantoso de cuantos haya habido, le precederán señales tan horrendas, que llevarán el espanto hasta el fondo de los abismos. Dícenos el Señor que, en aquel momento infausto para el pecador, el sol no dará ya más luz, la luna será semejante a una mancha de sangre, y las estrellas caerán del firmamento. El aire estará tan lleno de relámpagos que será un incendio todo él, y el fragor de los truenos será tan grande que los hombres quedarán yertos de espanto. Los vientos soplarán con tanto ímpetu, que nada podrá resistirles. Árboles y casas serán arrastradas al *caos* de la mar; el mismo mar de tal manera será agitado por las tempestades, que sus olas se elevarán cuatro codos por encima de las más altas montañas y bajarán tanto que podrán verse los horrores del abismo; todas las criaturas, aun las insensibles, parecerán quererse aniquilar, para evitar la presencia de su Criador, al ver cómo los crímenes de los hombres han manchado y desfigurado la tierra. Las aguas de los mares y de los ríos hervirán como aceite sobre brasas; los árboles y plantas vomitarán torrentes de sangre; los terremotos serán tan grandes que se verá la tierra hundirse por todas partes; la mayor parte de los árboles y de las bestias serán tragados por el abismo, y los hombres, que sobrevivan aún, quedarán como insensatos; los montes y peñascos se desplomarán con horrorosa furia. Después de todos estos horrores se encenderá fuego en los cuatro ángulos del mundo: fuego tan violento que consumirá las piedras, los peñascos y la tierra, como briznas de paja echadas en un horno. El universo entero será reducido a cenizas; es preciso que esta tierra manchada con

tantos crímenes sea purificada por el fuego que encenderá la cólera del Señor, de un Dios justamente irritado.

Una vez que esta tierra cubierta de crímenes sea purificada, enviará Dios, H. M., a sus ángeles, que harán sonar la trompeta por los cuatro ángulos del mundo y dirán a todos los muertos: Levantaos, muertos, salid de vuestras tumbas, venid y compareced a juicio. Entonces, todos los muertos, buenos y malos, justos y pecadores, volverán a tomar la misma forma que tenían antes; el mar vomitará todos los cadáveres que guarda encerrados en su *caos*, la tierra devolverá todos los cuerpos sepultados, desde tantos siglos, en su seno. Cumplida esta revolución, todas las almas de los santos descenderán del cielo resplandecientes de gloria y cada alma se acercará a su cuerpo, dándole mil y mil parabienes. Ven, le dirá, ven, compañero de mis sufrimientos; si trabajaste por agradar a Dios, si hiciste consistir tu felicidad en los sufrimientos y combates, ¡oh, qué de bienes nos están reservados! Hace ya más de mil años que yo gozo de esta dicha; ¡oh, qué alegría para mí venir a anunciarte tantos bienes como nos están preparados para la eternidad. Venid, benditos ojos, que tantas veces os cerrasteis en presencia de los objetos impuros, por temor de perder la gracia de vuestro Dios, venid al cielo, donde no veréis sino bellezas jamás vistas en el mundo. Venid, oídos míos, que tuvisteis horror a las palabras y a los discursos impuros y calumniosos; venid y escucharéis en el cielo aquella música celeste que os arrobará en éxtasis continuo. Venid, pies míos y manos mías, que tantas veces os empleasteis en aliviar a los desgraciados; vamos a pasar nuestra eternidad en el cielo, donde veremos a nuestro amable y caritativo Salvador que tanto nos amó. ¡Ah! allí verás a Aquel que tantas veces vino a descansar en tu corazón. ¡Ah! allí veremos esa mano



teñida aún en la sangre de nuestro divino Salvador, por la cual El nos mereció tanto gozo. En fin, el cuerpo y el alma de los santos se darán mil y mil parabienes; y esto por toda la eternidad.

Luego que todos los santos hayan vuelto a tomar sus cuerpos, radiantes todos allí de gloria según las buenas obras y las penitencias que hayan hecho, esperarán gozosos el momento en que Dios, a la faz del universo entero, revele, una por una, todas las lágrimas, todas las penitencias, todo el bien que ellos hayan realizado durante su vida; felices ya con la felicidad del mismo Dios. Esperad, les dirá el mismo Jesucristo, esperad, quiero que todo el universo se goce en ver cuánto habéis trabajado. Los pecadores endurecidos, los incrédulos decían que yo era indiferente a cuanto vosotros hicieseis por mí; pero yo voy a mostrarles, en este día, que he visto y contado todas las lágrimas que derramasteis en el fondo de los desiertos; voy a mostrarles en este día que a vuestro lado me hallaba yo sobre los cadalsos. Venid todos y compareced delante de esos pecadores que me despreciaron y ultrajaron, que osaron negar que yo existiese y que los viese. Venid, hijos míos, venid, mis amados, y veréis cuán bueno he sido y cuán grande fué mi amor para con vosotros.

Contemplemos por un instante, H. M., a ese infinito número de almas justas que entran de nuevo en sus cuerpos, haciéndolos semejantes a hermosos soles. Mirad a todos esos mártires, con las palmas en la mano. Mirad a todas esas vírgenes, con la corona de la virginidad en sus sienes. Mirad a todos esos apóstoles, a todos esos sacerdotes; tantas cuantas almas salvaron, otros tantos rayos de gloria los embellecen. Todos ellos, H. M., dirán a María, la Virgen-Madre: Vamos a reunirnos con Aquel que está en el cielo, para dar nuevo esplendor de gloria a vuestra hermosura.

Pero no, un momento de paciencia ; vosotros fuisteis despreciados, calumniados y perseguidos por los malvados ; justo es que, antes de entrar en el reino eterno, vengan los pecadores a daros satisfacción honrosa.

Mas ¡ terrible y espantosa mudanza ! oigo la misma trompeta llamando a los réprobos para que salgan de los infiernos. ¡ Venid, pecadores, verdugos y tiranos, dirá Dios que a todos quería salvar, venid, compareced ante el tribunal del Hijo del Hombre, ante Aquel de quien tantas veces atrevidamente pensasteis que no os veía ni os oía ! Venid y compareced, porque cuantos pecados cometisteis en toda vuestra vida serán manifestados a la faz del universo. Entonces clamará el ángel : ¡ Abismos del infierno, abrid vuestras puertas ! ¡ vomitad a todos esos réprobos ! su juez los llama. ¡ Ah, terrible momento ! todas aquellas desdichadas almas réprobas, horribles como demonios, saldrán de los abismos e irán, como desesperadas, en busca de sus cuerpos. ¡ Ah, momento cruel ! en el instante en que el alma entrará en su cuerpo, este cuerpo experimentará todos los rigores del infierno. ¡ Ah ! este maldito cuerpo, estas malditas almas se echarán mil y mil maldiciones. ¡ Ah ! maldito cuerpo, dirá el alma a su cuerpo que se arrastró y revolcó por el fango de sus impurezas ; hace ya más de mil años que yo sufro y me abraso en los infiernos. Venid, malditos ojos, que tantas veces os recreasteis en miradas deshonestas a vosotros mismos o a los demás, venid al infierno a contemplar los monstruos más horribles. Venid, malditos oídos, que tanto gusto hallasteis en las palabras y discursos impuros, venid a escuchar eternamente los gritos, alaridos y rugidos de los demonios. Venid, lengua y boca malditas, que disteis tantos besos impuros y que nada omitisteis para satisfacer vuestra sensualidad y vuestra gula, venid al infierno, donde la hiel de los

dragones será vuestro alimento único. ¡ Ven, cuerpo maldito, a quien tanto procuré contentar; ven a ser arrojado por una eternidad en un estanque de fuego y de azufre encendido por el poder y la cólera de Dios! ¡ Ah! ¿quién es capaz de comprender, ni menos de expresar las maldiciones que el cuerpo y el alma mutuamente se echarán por toda la eternidad?

Sí, H. M., ved a todos los justos y los réprobos que han recobrado su antigua figura, es decir, sus cuerpos tal como nosotros los vemos ahora, y esperan a su juez, pero un juez justo y sin compasión, para castigar o recompensar, según el mal o el bien que hayamos hecho. Vedle que llega ya, sentado en un trono, radiante de gloria, rodeado de todos los ángeles, precedido del estandarte de la cruz. Los malvados viendo a su juez, ¿qué digo? viendo a Aquel a quien antes vieron ocupado solamente en procurarles la felicidad del paraíso, y que, a pesar de El, se han condenado, exclamarán: Montañas, aplastadnos, arrebatadnos de la presencia de nuestro juez; peñascos, caed sobre nosotros; ¡ ah, por favor, precipitadnos en los infiernos! No, no, pecador, acércate y ven a rendir cuenta de toda tu vida. Acércate, desdichado, que tanto despreciaste a un Dios tan bueno. ¡ Ah! juez mío, padre mío, criador mío, ¿dónde están mi padre y mi madre que me condenaron? ¡ Ah! quiero verlos; quiero reclamarles el cielo que me dejaron perder. ¡ Ay, padre! ¡ Ay, madre! fuisteis vosotros los que me condenasteis; fuisteis vosotros la causa de mi desdicha. No, no, al tribunal de tu Dios; no hay remedio para ti. ¡ Ah! juez mío, exclamará aquella joven..., ¿dónde está aquel libertino que me robó el cielo? No, no, adelántate, no esperes socorro de nadie... ¡ estás condenada! no hay esperanza para ti; sí, estás perdida; sí, todo está perdido, puesto que perdiste a tu alma y a tu Dios. ¡ Ah! ¿quién podrá comprender la desdicha de un condenado que verá enfrente de sí,

al lado de los santos, a su padre o a su madre, radiantes de gloria y destinados al cielo, y a sí propio reservado para el infierno? Montañas, dirán estos réprobos, sepultadnos; ¡ah, por favor, caed sobre nosotros! ¡Ah, puertas del abismo, abríos para sepultarnos en él! No, pecador; tú siempre despreciaste mis mandamientos; pero hoy es el día en que yo quiero mostrarte que soy tu dueño. Comparece delante de mí con todos tus crímenes, de los cuales no es más que un tejido tu vida entera. ¡Ah, entonces será, dice el profeta Ezequiel, cuando el Señor tomará aquel gran pliego milagroso donde están escritos y consignados todos los crímenes de los hombres. ¡Cuántos pecados que jamás aparecieron a los ojos del mundo van ahora a manifestarse! ¡Ah! temblad los que, hace quizás quince o veinte años, venís acumulando pecado sobre pecado. ¡Ay, desgraciados de vosotros!

Entonces Jesucristo, con el libro de las conciencias en la mano, con voz de trueno formidable, llamará a todos los pecadores para convencerlos de todos los pecados que hayan cometido durante su vida. Venid, impúdicos, les dirá, acercaos y leed, día por día; mirad todos los pensamientos que mancharon vuestra imaginación, todos los deseos vergonzosos que corrompieron vuestro corazón; leed y contad vuestros adulterios; ved el lugar, el momento en que los cometisteis; ved la persona con la cual pecasteis. Leed todas vuestras voluptuosidades y lascivias, leed y contad bien cuántas almas habéis perdido, que tan caras me habían costado. Más de mil años llevaba ya vuestro cuerpo podrido en el sepulcro y vuestra alma en el infierno, y aún vuestro libertinaje seguía arrastrando almas a la condenación. ¿Veis a esa mujer a quien perdisteis, a ese marido, a esos hijos, a esos vecinos? Todos claman venganza, todos os acusan de su perdición, de que, a no ser por vosotros, habrían ganado el



cielo. Venid, mujeres mundanas, instrumentos de Satanás, venid y leed todo el cuidado y el tiempo que empleasteis en componeros; contad la multitud de malos pensamientos y de malos deseos que suscitasteis en las personas que os vieron. Mirad todas las almas que os acusan de su perdición. Venid, maldicientes, sembradores de falsas nuevas, venid y leed, aquí están escritas todas vuestras maledicencias, vuestras burlas, y vuestras maldades; aquí tenéis todas las disensiones que causasteis, aquí tenéis todas las pérdidas y todos los daños de que vuestra maldita lengua fué causa principal. Id, desdichados, a escuchar en el infierno los gritos y los aullidos espantosos de los demonios. Venid, malditos avaros, leed y contad ese dinero y esos bienes perecederos a los cuales apegasteis vuestro corazón, con menosprecio de vuestro Dios, y por los cuales sacrificasteis vuestra alma. ¿Habéis olvidado vuestra dureza para con los pobres? Aquí la tenéis, leed y contad. Ved aquí vuestro oro y vuestra plata, pedidles ahora que os socorran, decidles que os libren de mis manos. Id, malditos, a lamentar vuestra miseria en los infiernos. Venid, vengativos, leed y ved todo cuanto hicisteis en daño de vuestro prójimo, contad todas las injusticias, todos los pensamientos de odio y de venganza que alimentasteis en vuestro corazón; id, desdichados, al infierno. ¡Ah, rebeldes! mil veces os lo avisaron mis ministros, que, si no amabais a vuestro prójimo como a vosotros mismos, no habría perdón para vosotros. Apartaos de mí, malditos, idos al infierno, donde seréis víctimas de mi cólera eterna, donde aprenderéis que la venganza está reservada sólo a Dios. Ven, ven, bebedor, acércate, mira hasta el último vaso de vino, hasta el último bocado de pan que quitaste de la boca de tu esposa y de tus hijos; he aquí todos tus excesos, ¿los reconoces? ¿son los tuyos realmente, o los de tu vecino? He aquí el número de noches y de días que pasaste en las ta-

bernas, los domingos y fiestas; he aquí, una por una, las palabras deshonestas que dijiste en tu embriaguez; he aquí todos los juramentos, todas las imprecaciones que vomitaste; he aquí todos los escándalos que diste a tu esposa, a tus hijos y a tus vecinos. Sí, todo lo he escrito, todo lo he contado. Vete, desdichado, a embriagarte de la hiel de mi cólera en los infiernos. Venid, mercaderes, obreros, todos, cualquiera que fuese vuestro estado; venid, dadme cuenta, hasta el último maravedí, de todo lo que comprasteis y vendisteis; venid, examinemos juntos si vuestras medidas y vuestras cuentas concuerdan con las mías. Ved, mercaderes, el día en que engañasteis a ese niño. Ved aquel otro día en que exigisteis doblado precio por vuestra mercancía. Venid, profanadores de los Sacramentos, ved todos vuestros sacrilegios, todas vuestras hipocresías. Venid, padres y madres, dadme cuenta de esas almas que yo os confié; dadme cuenta de todo lo que hicieron vuestros hijos y vuestros criados; ved todas las veces que les disteis permiso para ir a lugares y juntarse con compañías que les fueron ocasión de pecado. Ved todos los malos pensamientos y descos que vuestra hija inspiró; ved todos sus abrazos y otras acciones infames; ved todas las palabras impuras que pronunció vuestro hijo. Pero, Señor, dirán los padres y madres, yo no le mandaba tales cosas. No importa, les dirá el juez, los pecados de tus hijos son pecados tuyos. ¿Dónde están las virtudes que les hicisteis practicar? ¿dónde los buenos ejemplos que les disteis y las buenas obras que les mandasteis hacer? ¡Ay! ¿qué va a ser de esos padres y madres que ven cómo van sus hijos, unos al baile, otros al juego o a la taberna, y viven tranquilos? ¡Oh, Dios mío, qué ceguera! ¡Oh, qué cúmulo de crímenes, por los cuales van a verse abrumados en aquellos terribles momentos! ¡Oh! ¡cuántos pecados ocultos, que van a

ser publicados a la faz del universo! ¡Oh, abismos de los infiernos! abríos para engullir a esas muchedumbres de réprobos que no han vivido sino para ultrajar a su Dios y condenarse.

Pero entonces, me diréis, ¿todas las buenas obras que hemos hecho de nada servirán? Nuestros ayunos, nuestras penitencias, nuestras limosnas, nuestras comuniones, nuestras confesiones, ¿quedarán sin recompensa? No, os dirá Jesucristo, todas vuestras oraciones no eran otra cosa que rutinas; vuestros ayunos, hipocresías; vuestras limosnas, vanagloria; vuestro trabajo no tenía otro fin que la avaricia y la codicia; vuestros sufrimientos no iban acompañados sino de quejas y murmuraciones; en todo cuanto hacíais, yo no entraba para nada. Por otra parte, os recompensé con bienes temporales: bendije vuestro trabajo; di fertilidad a vuestros campos y enriquecí a vuestros hijos; del poco bien que hicisteis, os di toda la recompensa que podíais esperar. En cambio os dirá Jesús, vuestros pecados viven todavía, vivirán eternamente delante de Mí; id, malditos, al fuego eterno, preparado para todos los que me despreciaron durante su vida.

II. — Sentencia terrible, pero infinitamente justa. ¿Qué cosa más justa, en verdad, para un pecador que toda su vida no hizo sino arrastrarse en el crimen, a pesar de las gracias que el Señor le ofrecía sin cesar para que saliera de él? ¿Veis a esos impíos que se morfaban de su pastor, que despreciaban la palabra de Dios, que hacían chanza de lo que su pastor les decía? ¿Veis a esos pecadores que hacían gala de no tener religión, que se burlaban de quienes la practicaban? ¿Veis a esos malos cristianos que siempre tenían en los labios horribles blasfemias, que se gloriaban de hallar, no obstante, el pan bien sabroso, que afirmaban no tener necesidad de confesarse? ¿Veis a esos incréd-

dulos que aseguraban que todo concluía con la muerte? ¿Veis ahora su desesperación? ¿oís cómo confiesan su impiedad? ¿cómo claman misericordia? Mas ahora todo está acabado; el infierno es vuestra sola herencia. ¿Veis a ese orgulloso que escarnecía y despreciaba a todo el mundo? ¿le veis abismado en su corazón, condenado por una eternidad bajo los pies de los demonios? ¿Veis a ese incrédulo que decía que no hay Dios ni infierno? ¿le veis confesar a la faz de todo el universo que hay un Dios que le juzga y un infierno donde va a ser precipitado para jamás salir de él? Verdad es que Dios dará a todos los pecadores libertad de presentar sus razones y excusas para justificarse, si es que pueden. Mas, ¡ay! ¿qué podrá decir un criminal que no ve en sí mismo sino crimen e ingratitude? ¡Ay! todo lo que el pecador pueda decir en aquel momento infame sólo servirá para mostrar más y más su impiedad y su ingratitude.

He aquí, sin duda, H. M., lo que habrá de más espantoso en aquel terrible momento: será el ver nosotros que Dios nada perdonó para salvarnos; que nos hizo participantes de los méritos infinitos de su muerte en la cruz; que nos hizo nacer en el seno de su Iglesia; que nos dió pastores para mostrarnos y enseñarnos todo lo que debíamos hacer para ser felices. Nos dió los Sacramentos para hacernos recobrar su amistad cuantas veces la habíamos perdido; no puso límite al número de pecados que quería perdonarnos; si nuestra conversión hubiese sido sincera, estábamos seguros de nuestro perdón. Nos esperó años enteros, por más que nosotros no vivíamos sino para ultrajarle; no quería perdersen, mejor dicho, quería en absoluto salvarnos; ¡y nosotros no quisimos! Nosotros mismos le forzamos por nuestros pecados a lanzar contra nosotros sentencia de eterna condenación: Id, hijos malditos, id a reuniros con aquel a quien imitasteis; por mi parte, no os reco-



nozco sino para aplastaros con todos los furores de mi cólera eterna.

Venid, nos dice el Señor por uno de sus profetas, venid, hombres, mujeres, ricos y pobres, pecadores, quienesquiera que seáis, sea el que fuere vuestro estado y condición, decid todos, decid vuestras razones, y yo diré las mías. Entremos en juicio, pesémoslo todo con el peso del santuario. ¡ Ah ! terrible momento para un pecador, que, por cualquier lado que considere su vida, no ve más que pecado, sin cosa buena. ¡ Dios mío ! ¡ qué va a ser de él ! En este mundo, el pecador siempre encuentra excusas que alegar por todos los pecados que ha cometido ; lleva su orgullo hasta el mismo tribunal de la penitencia, donde no debiera comparecer sino para acusarse y condenarse a sí mismo. Unas veces, la ignorancia ; otras, las tentaciones demasiado violentas ; otras, en fin, las ocasiones y los malos ejemplos : tales son las razones que, todos los días, están dando los pecadores para encubrir la enormidad de sus crímenes. Venid, pecadores orgullosos, veamos si vuestras excusas serán bien recibidas el día del juicio ; explicaos delante de Aquel que tiene la antorcha en la mano, y que todo lo vió, todo lo contó y todo lo pesó. ¡ No sabías — dices — que aquello fuese pecado ! ¡ Ah, desdichado ! te dirá Jesucristo : si hubieses nacido en medio de las naciones idólatras, que jamás oyeron hablar del verdadero Dios, pudiera tener alguna excusa tu ignorancia ; pero ¿ tú, cristiano, que tuviste la dicha de nacer en el seno de mi Iglesia, de crecer en el centro de la luz, tú que a cada instante oías hablar de la eterna felicidad ? Desde tu infancia te enseñaron lo que debías hacer para procurártela ; y tú, a quien jamás cesaron de instruir, de exhortar y de reprender, ¿ te atreves aún a excusarte con tu ignorancia ? ¡ Ah, desdichado ! si viviste en la ignorancia, fué sencillamente porque no quisiste instruirte, porque no quisiste aprovecharte de las

instrucciones, o huíste de ellas. ¡Vete, desgraciado, vete! ¡tus excusas sólo sirven para hacerte más digno aún de maldición! Vete, hijo maldito, al infierno, a arder en él con tu ignorancia.

Pero — dirá otro — es que mis pasiones eran muy violentas y mi debilidad muy grande. Mas — le dirá el Señor — ya que Dios era tan bueno que te hacía conocer tus debilidades, ya que tus pastores te advertían que debías velar continuamente sobre ti mismo y mortificarte, para dominarlas, ¿por qué hacías tú precisamente todo lo contrario? ¿Por qué tanto cuidado en contentar tu cuerpo y tus gustos? Dios te hacía conocer tu flaqueza, ¿y tú caías a cada instante? ¿Por qué, pues, no recurrir a Dios en demanda de su gracia? ¿por qué no escuchar a tus pastores que no cesaban de exhortarte a pedir las gracias y las fuerzas necesarias para vencer al demonio? ¿Por qué tanta indiferencia y desprecio por los Sacramentos, donde hubieras hallado abundancia de gracia y de fuerza para hacer el bien y evitar el mal? ¿Por qué tan frecuente desprecio de la palabra de Dios, que te hubiera guiado por el camino que debías seguir para llegar a Él? ¡Ah, pecadores ingratos y ciegos! todos estos bienes estaban a vuestra disposición; de ellos podíais servirlos como tantos otros se sirvieron. ¿Qué hiciste para impedir tu caída en el pecado? No oraste sino por rutina o por costumbre. ¡Vete, desdichado! Cuanto más conocías tu flaqueza, tanto más debías haber recurrido a Dios, que te hubiera sostenido y ayudado en la obra de tu salvación. Vete, maldito, por ella te haces aún más criminal.

Pero, ¡las ocasiones de pecar son tantas! — dirá todavía otro. — Amigo mío, tres clases conozco de ocasiones que pueden conducirnos al pecado. Todos los estados tienen sus peligros. Tres clases hay, digo, de ocasiones: aquellas a las cuales estamos necesariamente expuestos por los deberes de nuestro estado, aquellas

con las cuales tropezamos sin buscarlas, y aquellas en las cuales nos enredamos sin necesidad. Si las ocasiones a las cuales nos exponemos sin necesidad no han de servirnos de excusa, no tratemos de excusar un pecado con otro pecado. Oíste cantar — dices — una mala canción; oíste una maledicencia o una calumnia; pero ¿por qué frecuentabas aquella casa o aquella compañía? ¿por qué tratabas con aquellas personas sin religión? ¿No sabías que quien se expone al peligro es culpable y en él perecerá? El que cae sin haberse expuesto, en seguida se levanta, y su caída le hace aún más vigilante y precavido. Pero ¿no ves que Dios, que nos ha prometido su socorro en nuestras tentaciones, no nos lo ha prometido para el caso en que nosotros mismos tengamos la temeridad de exponernos a ellas? Vete, desgraciado, has buscado la manera de perderte a ti mismo; mereces el infierno que está reservado a los pecadores como tú.

Pero — diréis — es que continuamente tenemos malos ejemplos delante de los ojos. ¿Malos ejemplos? Frívola excusa. Si hay malos ejemplos, ¿no los hay acaso también buenos? ¿Por qué, pues, no seguir los buenos mejor que los malos? Veías a una joven ir al templo, acercarse a la sagrada Mesa; ¿por qué no seguías a ésta, mejor que a la otra que iba al baile? Veías a aquel joven piadoso entrar en la iglesia para adorar a Jesús en el Sagrario; ¿por qué no seguías sus pasos, mejor que los del otro que iba a la taberna? Dí más bien, pecador, que preferiste seguir el camino ancho, que te condujo a la infelicidad en que ahora te encuentras, que el camino que te había trazado el mismo Hijo de Dios. La verdadera causa de tus caídas y de tu reprobación no está, pues, ni en los malos ejemplos, ni en las ocasiones, ni en tu propia flaqueza, ni en la falta de gracias y auxilios; está solamente en las malas disposiciones de tu corazón que tú no quisiste reprimir.

Si obraste el mal, fué porque quisiste. Tu ruina viene únicamente de ti.

Pero — replicaréis todavía — ¡ se nos había dicho siempre que Dios era tan bueno ! Dios es bueno, no hay duda ; pero es también justo. Su bondad y su misericordia han pasado ya para ti ; no te queda más que su justicia y su venganza. ¡ Ay, H. M. ! con tanta repugnancia como ahora sentimos en confesarnos, si, cinco minutos antes de aquel gran día, Dios nos concediese sacerdotes para confesar nuestros pecados, para que se nos borrasen, ¡ ah ! ¡ con qué diligencia nos aprovecharíamos de esta gracia ! Mas ¡ ay ! que esto no nos será concedido en aquel momento de desesperación. Mucho más prudente que nosotros fué el Rey Bogoris. Instruído por un misionero en la religión católica, pero cautivo aún de los falsos placeres del mundo, habiendo llamado a un pintor cristiano para que le pintara, en su palacio, la caza más horrible de bestias feroces, éste, al revés, por disposición de la divina providencia, le pintó el juicio final, el mundo ardiendo en llamas, Jesucristo en medio de rayos y relámpagos, el infierno abierto ya para engullir a los condenados, con tan espantosas figuras que el rey quedó inmóvil. Vuelto en sí, acordóse de lo que el misionero le había enseñado para que aprendiese a evitar los horrores de aquel momento en el cual no cabrá al pecador otra suerte que la desesperación ; y renunciando, al instante, a todos sus placeres, pasó lo restante de su vida en el arrepentimiento y las lágrimas.

¡ Ah, H. M. ! si este príncipe no se hubiese convertido, hubiera llegado igualmente para él la muerte ; hubiera tardado algo más, es verdad, en dejar todos sus bienes y sus placeres ; pero, al morir, aun cuando hubiese vivido siglos, habrían pasado a otros, y él estaría en el infierno ardiendo por siempre jamás ; mientras que ahora se halla en el cielo, por una eter-



nidad, esperando aquel gran día, contento de ver que todos sus pecados le han sido perdonados y que jamás volverán a aparecer, ni a los ojos de Dios, ni a los ojos de los hombres.

Fué este pensamiento bien meditado el que llevó a San Jerónimo a tratar su cuerpo con tanto rigor y a derramar tantas lágrimas. ¡Ah! — exclamaba él en aquella vasta soledad — paréceme que oigo, a cada instante, aquella trompeta, que ha de despertar a todos los muertos, llamándome al tribunal de mi Juez. Este mismo pensamiento hacía temblar a David en su trono, y a San Agustín en medio de sus placeres, a pesar de todos sus esfuerzos por ahogar esta idea de que un día sería juzgado. Decíale, de cuando en cuando, a su amigo Alipio: ¡Ah, amigo querido! día vendrá en que comparezcamos todos ante el tribunal de Dios para recibir la recompensa del bien o el castigo del mal que hayamos hecho durante nuestra vida; dejemos, amigo mío — le decía — el camino del crimen por aquel que han seguido todos los santos. Preparémonos, desde la hora presente, para ese gran día.

Refiere San Juan Clímaco que un solitario dejó su monasterio para pasar a otro con el fin de hacer mayor penitencia. La primera noche fué citado al tribunal de Dios, quien le manifestó que era deudor, ante su justicia, de cien libras de oro. ¡Ah, Señor! — exclamó él — ¿qué puedo hacer para satisfacerlas? Permaneció tres años en aquel monasterio, permitiendo Dios que fuese despreciado y maltratado de todos los demás, hasta el extremo de que nadie parecía poderle sufrir. Apareciósele Nuestro Señor por segunda vez, diciéndole que aún no había satisfecho más que la cuarta parte de su deuda. ¡Ah, Señor! — exclamó él — ¿qué debo, pues, hacer para justificarme? Fingióse loco durante trece años, y hacían de él todo lo que querían; tratabanle duramente, cual si fuera una acémila. Apare-

ciósele por tercera vez el Señor, diciéndole que tenía pagada la mitad. ¡ Ah, Señor !—repuso él—puesto que yo lo quise, es preciso que sufra para satisfacer a vuestra justicia. ¡ Oh, Dios mío ! no esperéis a castigar mis pecados después del juicio. Cuenta el mismo San Juan Clímaco otro hecho que hace estremecer. Había—dice—un solitario que llevaba ya cuarenta años llorando sus pecados en el fondo de una selva. La víspera de su muerte, abriendo de golpe los ojos, fuera de sí, mirando a uno y otro lado de su cama, como si viese a alguien que le pedía cuenta de su vida, respondía con voz trémula : Sí, cometí este pecado, pero lo confesé e hice penitencia de él años y años, hasta que Dios me lo perdonó. También cometiste tal otro pecado, le decía la voz. No—respondió el solitario—ese nunca lo he cometido. Antes de morir, se le oyó exclamar : ¡ Dios mío, Dios mío ! quitad, quitad, os pido, mis pecados de delante de mis ojos, porque no puedo soportar su vista. ¡ Ay ! ¿ qué va a ser de nosotros, si el demonio echa en cara aun los pecados que no se han cometido, cubiertos como estamos de culpas reales y de las cuales no hemos hecho penitencia ? ¡ Ah ! ¿ por qué diferirla para aquel terrible momento ? Si apenas los santos están seguros, ¿ qué va a ser de nosotros ?

¿ Qué debemos concluir de todo esto, H. M. ? Hemos de concluir que es necesario no perder jamás de vista que un día seremos juzgados sin misericordia, y que nuestros pecados se manifestarán a la vista del universo entero ; y que, después de este juicio, si nos hallamos culpables de estos pecados, iremos a llorarlos en los infiernos, sin poder ni borrarlos, ni olvidarlos. ¡ Oh ! ¿ qué ciegos somos, H. M., si no nos aprovechamos del poco tiempo que nos queda de vida para asegurarnos el cielo ! Si somos pecadores, tenemos ahora esperanza de perdón ; al paso que, si aguardamos a entonces, no nos quedará ya recurso

---

alguno. ¡ Dios mío ! hacedme la gracia de que nunca me olvide de tan terrible momento, en especial cuando me vea tentado, para no sucumbir ; a fin de que en aquel día podamos oír, salidas de la boca del Salvador, estas dulces palabras : « Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el comienzo del mundo. »

## SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

### SOBRE EL RESPETO HUMANO

*Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Bienaventurado el que no tomare escándalo en mí.

(S. Mat., XI, 6.)

Nada más glorioso y honorífico para un cristiano, H. M., que el llevar el nombre sublime de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo. Pero, al propio tiempo, nada más infame que avergonzarse de ostentarlo cada vez que se presenta ocasión para ello. No, H. M., no nos maraville el ver a hombres hipócritas, que fingen en cuanto pueden un exterior de piedad para captarse la estimación y las alabanzas de los demás, mientras que su pobre corazón se halla devorado por los más infames pecados. Quisieran, estos ciegos, gozar de los honores inseparables de la virtud, sin tomarse la molestia de practicarla. Pero maravíllenos aún menos el ver a otros, buenos cristianos, ocultar, en cuanto pueden, sus buenas obras a los ojos del mundo, temerosos de que la vanagloria se insinúe en su corazón y de que los vanos aplausos de los hombres les hagan perder el mérito y la recompensa de ellas. Pero ¿dónde encontrar, H. M., cobardía más criminal y abominación más detestable que la de nosotros, que, profesando creer en Jesucristo, estando obligados por los más sagrados juramentos a seguir sus huellas, a defender sus intereses y su gloria, aun a expensas de nuestra misma vida, somos tan viles, que, a la primera ocasión, violamos las prome-

sas que le hemos hecho en las sagradas fuentes bautismales? ¡Ah, desdichados! ¿qué hacemos? ¿Quién es Aquel de quien renegamos? ¡Ay! Abandonamos a nuestro Dios, a nuestro Salvador, para quedar esclavos del demonio, que nos engaña y no busca otra cosa que nuestra ruina y nuestra eterna infelicidad. ¡Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno! Para mejor haceros ver su bajeza, os mostraré: 1.º Cuánto ofende a Dios el respeto humano, es decir, la vergüenza de hacer el bien; 2.º cuán débil y mezquino de espíritu manifiesta ser el que lo comete.

I. — No nos ocupemos, H. M., de aquella primera clase de impíos que emplean su tiempo, su ciencia y su miserable vida en destruir, si pudieran, nuestra santa religión. Estos desgraciados parecen no vivir sino para hacer nulos los sufrimientos, los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo. Han empleado, unos su fuerza, otros su ciencia, para quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo edificó su Iglesia. Pero ellos son los que, insensatos, van a estrellarse contra esta piedra de la Iglesia, que es nuestra santa religión, la cual subsistirá a despecho de todos sus esfuerzos.

En efecto, H. M., ¿en qué vino a parar toda la furia de los perseguidores de la Iglesia, de los Nerones, de los Maximianos, de los Dioclecianos, de tantos otros que creyeron hacerla desaparecer de la tierra con la fuerza de sus armas? Sucedió todo lo contrario: la sangre de tantos mártires, como dice Tertuliano, sólo sirvió para hacer florecer más que nunca la religión; aquella sangre parecía una simiente de cristianos, que producía el ciento por uno. ¡Desgraciados! ¿qué os ha hecho esta hermosa y santa religión, para que así la persigáis, cuando sólo ella puede hacer al hombre dichoso aquí en la tierra? ¡Ay! ¡cómo lloran y gimen ahora en los infiernos, donde conocen claramente que



esta religión, contra la cual se desenfrenaron, los hubiera llevado al Paraíso ! Pero ; vanos e inútiles lamentos !

Mirad igualmente a esos otros impíos que hicieron cuanto estuvo en su mano por destruir nuestra santa religión con sus escritos, un Voltaire, un Juan-Jacobo Rousseau, un Diderot, un D'Alembert, un Volney y tantos otros, que se pasaron la vida no más que en vomitar con sus escritos cuanto podía inspirarles el demonio. ¡ Ay ! mucho mal hicieron, es verdad ; muchas almas perdieron, arrastrándolas consigo al infierno ; pero no pudieron destruir la religión como pensaban. Lejos de quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo ha edificado su Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, se estrellaron contra ella. ¿ Dónde están ahora estos desdichados impíos ? ¡ Ay ! en el infierno, donde lloran su desgracia y la de todos aquellos que consigo arrastraron.

Nada digamos tampoco, H. M., de otra clase de impíos que, sin manifestarse abiertamente enemigos de la religión, de la cual conservan todavía algunas prácticas externas, se permiten, no obstante, ciertas chanzas, por ejemplo sobre la virtud o la piedad de aquellos a quienes no se sienten con ánimos de imitar. Dime, amigo, ¿ qué te ha hecho esa religión que heredaste de tus antepasados, que ellos tan fielmente practicaron delante de tus ojos, de la cual tantas veces te dijeron que sólo ella puede hacer la felicidad del hombre en la tierra, y que, abandonándola, no podíamos menos de ser infelices ? ¿ Y a dónde piensas que te conducirán, amigo, tus *ribetes* de impiedad ? ¡ Ay, pobre amigo ! al infierno, para llorar en él tu ceguera.

Tampoco diremos nada de esos cristianos que no son tales más que de nombre ; que practican su deber de cristianos de un modo tan miserable, que hay para morir de compasión. Los veréis que hacen sus oraciones con fastidio, disipados, sin respeto. Los veréis en la iglesia sin devoción ; la santa Misa comienza siempre

para ellos demasiado pronto y acaba demasiado tarde ; no ha bajado aún el sacerdote del altar, y ellos están ya en la calle. De frecuencia de Sacramentos, no hablemos ; si alguna vez se acercan a recibirlos, su aire de indiferencia va pregonando que absolutamente no saben lo que hacen. Todo lo que atañe al servicio de Dios lo practican con un tedio espantoso. ¡ Buen Dios ! ¡ qué de almas perdidas por una eternidad ! ¡ Dios mío ! ¡ cuán pequeño ha de ser el número de los que entran en el reino de los cielos, cuando tan pocos hacen lo que deben por merecerlo !

Pero ¿ dónde están — me diréis — los que se hacen culpables de respeto humano ? Atendedme un instante, H. M., y vais a saberlo. Por de pronto os diré con San Bernardo que por cualquier lado que se mire el respeto humano, que es la vergüenza de cumplir los deberes de la religión por causa del mundo, todo muestra en él menosprecio de Dios y de sus gracias y ceguera del alma. Digo, en primer lugar, H. M., que la vergüenza de practicar el bien, por miedo al desprecio y a las mofas de algunos desdichados impíos o de algunos ignorantes, es un asombroso menosprecio que hacemos de la presencia de Dios, ante el cual estamos siempre y que en el mismo instante podría lanzarnos al infierno. ¿ Y por qué motivo, H. M., esos malos cristianos se mofan de vosotros y ridiculizan vuestra devoción ? ¡ Ah, H. M. ! yo os la diré la verdadera causa : es que, no teniendo virtud para hacer lo que hacéis vosotros, os guardan inquina, porque con vuestra conducta despertáis los remordimientos de su conciencia ; pero estad bien seguros de que su corazón, lejos de despreciaros, os profesan grande estima. Si tienen necesidad de un buen consejo o de alcanzar de Dios alguna gracia, no creáis que acudan a los que se portan como ellos, sino a aquellos mismos de los cuales se burlaron, por lo menos de palabra. ¿ Te avergüenzas, amigo, de servir a Dios,

por temor de verte despreciado? Mira a Aquel que murió en esta cruz; pregúntale si se avergonzó El de verse despreciado, y de morir de la manera más humillante en aquel infame patíbulo. ¡ Ah, qué ingratos somos para con Dios, que parece hallar su gloria en hacer publicar de siglo en siglo que nos ha escogido por hijos suyos ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué ciego y despreciable es el hombre que teme un miserable *qué dirán*, y no teme ofender a un Dios tan bueno ! Digo, además, que el respeto humano nos hace despreciar todas las gracias que el Señor nos mereció con su muerte y pasión. Sí, H. M., por el respeto humano inutilizamos todas las gracias que Dios nos había destinado para salvarnos. ¡ Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno !

En segundo lugar, digo que el respeto humano encierra la ceguera más deplorable. ¡ Ay ! no paramos atención en lo que perdemos. ¡ Ah, H. M. ! ¡ qué desgracia para nosotros ! perdemos a Dios, al cual ninguna cosa podrá jamás reemplazar. Perdemos el cielo, con todos sus bienes y delicias. Pero hay aún otra desgracia, y es que tomamos al demonio por padre y al infierno con todos sus tormentos por nuestra herencia y recompensa. Trocamos nuestras dulzuras y goces eternos en penas y lágrimas. ¡ Ay ! amigo, ¿ en qué piensas ? ¡ Cómo tendrás que arrepentirte por toda la eternidad ! ¡ Oh, Dios mío ! ¿ podemos pensar en ello y vivir todavía esclavos del mundo ?

Es verdad — me diréis — que quien por temor al mundo no cumple sus deberes de religión es bien desgraciado, puesto que nos dice el Señor que a quien se avergonzare de servirle delante de los hombres, no querrá El reconocerle delante de su Padre el día del juicio (1). Dios mío ! temer al mundo ; ¿ y por qué ? sa-

---

(1) Qui negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est (S. Mat., X, 33).



biendo como sabemos que absolutamente es fuerza ser despreciado del mundo para agradar a Dios. Si temías al mundo, no debías haberte hecho cristiano. Sabías bien que en las sagradas fuentes del bautismo hacías juramento en presencia del mismo Jesucristo; que renunciabas al mundo y al demonio; que te obligabas a seguir a Jesucristo llevando su cruz, cubierto de oprobios y desprecios. ¿Temes al mundo? Pues bien, renuncia a tu bautismo, y entrégate a ese mundo, al cual tanto temes desagradar.

Pero ¿cuándo es — me diréis — que obramos nosotros por respeto humano? Escucha bien, amigo mío. Es un día en que, estando en la feria, o en una posada donde se come carne en día prohibido, se te invita a comerla también; y tú, contentándote con bajar los ojos y ruborizarte, en vez de decir que eres cristiano y que tu religión te lo prohíbe, la comes como los demás, diciendo: Si no hago como ellos, se burlarán de mí. — ¿Se burlarán de ti, amigo? ¡Ah! tienes razón; ¡es una verdadera lástima! — ¡Oh! es que haría aun mucho más mal, siendo causa de todos los disparates que dirían contra la religión, que el que hago comiendo carne. — Conque ¿harías aún más mal? ¿Te parece bien que los mártires, por temor de las blasfemias y juramentos de sus perseguidores, hubiesen renunciado todos a su religión? Si otros obran mal, tanto peor para ellos. ¡Ah! di más bien: ¿no hay bastante con que otros desgraciados crucifiquen a Jesús con su mala conducta, para que también tú te juntes a ellos para dar más que sufrir a Jesucristo? ¿Temes que se mofen de ti? ¡Ah, desdichado! mira a Jesucristo en la cruz, y verás cuánto por ti ha hecho.

Conque ¿no sabes tú cuándo niegas a Jesucristo? Es un día en que, estando en compañía de dos o tres personas, parece que se te han caído las manos, o que no sabes hacer la señal de la cruz, y miras si

tienen los ojos fijos en ti, y te contentas con decir tu bendición y acción de gracias en la mesa mentalmente, o te retiras a un rincón para decirlas. Es cuando, al pasar delante de una cruz, te haces el distraído, o dices que no fué por nosotros que Dios murió en ella.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que, hallándote en una tertulia donde se dicen obscenidades contra la santa virtud de la pureza o contra la religión, no tienes valor para reprender a los que así hablan, antes al contrario, por temor a sus burlas, te sonríes. — Es que no hay — dices — otro remedio, si no quiero ser objeto de continua mofa. — ¿Temes que se mofen de ti? Por este mismo temor negó San Pedro al divino Maestro; pero el temor no le libró de cometer con ello un gran pecado, que lloró luego toda su vida.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que el Señor te inspira el pensamiento de ir a confesarte, y sientes que tienes necesidad de ello, pero piensas que se chancearán de ti y te tratarán de devoto. Es cuando te viene el pensamiento de ir a oír la santa Misa entre semana, y nada te impide ir; pero te dices a ti mismo que se burlarían de ti y que dirían: Esto es bueno para el que nada tiene que hacer, para los que viven de su renta.

¡Cuántas veces este maldito respeto humano te ha impedido asistir al catecismo y a la oración de la tarde! ¡Cuántas veces, estando en tu casa, ocupado en algunas oraciones o lecturas de piedad, te has escondido por disimulo, al ver que alguien llegaba! ¡Cuántas veces el respeto humano te ha hecho quebrantar la ley del ayuno o de la abstinencia, por no atreverte a decir que ayunabas o comías de vigilia! ¡Cuántas veces no te has atrevido a decir el *Angelus* delante de la gente, o te has contentado con decirlo para ti, o has salido del local donde estabas con otros para decirlo fuera!

¡ Cuántas veces has omitido las oraciones de la mañana o de la noche por hallarte con otros que no las hacían ; y todo esto por el temor de que se burlasen de ti ! Anda, pobre esclavo del mundo, aguarda el infierno donde serás precipitado ; no te faltará allí tiempo para echar en falta el bien que el mundo te ha impedido practicar.

¡ Oh, buen Dios ! ¡ qué triste vida lleva el que quiere agradar al mundo y a Dios ! No, amigo, te engañas. Fuera de que vivirás siempre infeliz, no has de conseguir nunca complacer a Dios y al mundo ; es cosa tan imposible como poner fin a la eternidad. Oye un consejo que voy a darte, y serás menos desgraciado : entregate enteramente o a Dios o al mundo ; no busques ni sigas más que a un amo ; pero una vez escogido, no le dejes ya. ¿ Acaso no recuerdas lo que te dice Jesucristo en el Evangelio : No puedes servir a Dios y al mundo, es decir, no puedes seguir al mundo con sus placeres y a Jesucristo con su cruz ? No es que te falten trazas para ser, ora de Dios, ora del mundo. Digámoslo con más claridad : es lástima que tu conciencia, que tu corazón no te consientan frecuentar por la mañana la sagrada mesa y el baile por la tarde ; pasar una parte del día en la iglesia y otra parte en la taberna o en el juego ; hablar un rato del buen Dios y otro rato de obscenidades o de calumnias contra tu prójimo ; hacer hoy un favor a tu vecino y mañana un agravio ; en una palabra, ser bueno y portarte bien y hablar de Dios en compañía de los buenos, y obrar el mal en compañía de los malvados.

¡ Ay, H. M. ! que la compañía de los perversos nos lleva a obrar mal. ¡ Qué de pecados no evitaríamos siuviésemos la dicha de apartarnos de la gente sin religión ! Refiere San Agustín que muchas veces, hallándose entre personas perversas, sentía vergüenza de no igualarlas en maldad, y, para no ser tenido en menos, se gloriaba aun del mal que no había cometido.

¡ Pobre ciego ! ¡ cuán digno eres de lástima ! ¡ qué triste vida !... ¡ Ah, maldito respeto humano ! ¡ qué de almas arrastras al infierno ! ¡ de cuántos crímenes eres tú la causa ! ¡ Ah, cuán culpable es el desprecio de las gracias que Dios nos quiere conceder para salvarnos ! ¡ Ay ! cuántos y cuántos han comenzado el camino de su reprobación por el respeto humano, porque, a medida que iban despreciando las gracias que les concedía Dios, la fe se iba amortiguando en su alma ; y poco a poco iban sintiendo menos la gravedad del pecado, la pérdida del cielo, las ofensas que pecando hacían a Dios. Así acabaron por caer en una completa parálisis, es decir, por no darse ya cuenta del infeliz estado de su alma ; se durmieron en el pecado y la mayor parte murieron en él.

En el sagrado Evangelio leemos que Jesucristo en sus misiones colmaba de toda suerte de gracias los lugares por donde pasaba. Ahora era un ciego, a quien devolvía la vista ; luego un sordo, a quien tornaba el oído ; aquí un leproso, a quien curaba de su lepra ; más allá un difunto, a quien restituía la vida. Con todo, vemos que eran muy pocos los que publicaban los beneficios que acababan de recibir. ¿ Y por qué esto, H. M. ? Es que temían a los judíos ; porque no se podía ser amigo de los judíos y de Jesús. Y así, cuando se hallaban al lado de Jesús, le reconocían ; pero, cuando se hallaban con los judíos, parecían aprobarlos con su silencio. He aquí precisamente lo que nosotros hacemos : cuando nos hallamos solos, al reflexionar sobre todos los beneficios que hemos recibido del Señor, no podemos menos de testificarle nuestro reconocimiento por haber nacido cristianos, por haber sido confirmados ; mas cuando estamos con los libertinos, parecemos compartir sus sentimientos, aplaudiendo con nuestras sonrisas o nuestro silencio sus impiedades. ¡ Oh, qué indigna preferencia, exclama San Máximo !



¡ Ah, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno ! ¡ Qué tormento no pasará, H. M., una persona que así quiere vivir y agradar a dos contrarios ! Tenemos de ello un elocuente ejemplo en el Evangelio. Leemos allí que el rey Herodes se había enredado en un amor criminal con Herodíades. Tenía esta infame cortesana una hija, que danzó delante de él con tanta gracia que le prometió el rey cuanto le pidiera, aunque fuera la mitad de su reino. Guardóse bien la desdichada de pedírsela, porque no era bastante ; fué a encontrar a su madre para tomar consejo sobre lo que debía pedir al rey, y la madre, más infame que su hija, presentándole una bandeja, la dijo : « Ve y pide que te mande poner en este plato la cabeza de Juan el Bautista, para traérmela ». Era esto en venganza de haberle echado en cara el Bautista su mala vida. Quedóse el rey sobrecogido de espanto ante esta demanda ; pues, por una parte, él apreciaba a San Juan Bautista, y le pesaba la muerte de un hombre tan digno de vivir. ¿ Qué iba a hacer ? ¿ qué partido iba a tomar ? ¡ Ah ! maldito respeto humano ¿ a qué te decidirás ? Herodes no quisiera decretar la muerte del Bautista ; pero, por otra parte, teme que se burlen de él, porque, siendo rey, no mantiene su palabra. Ve, dice por fin el desdichado a uno de los verdugos, ve y corta la cabeza de Juan el Bautista ; prefiero dejar que grite mi conciencia a que se burlen de mí. Pero ¡ qué horror ! al aparecer la cabeza en la sala, los ojos y la boca, aunque cerrados, parecían reprocharle su crimen y amenazarle con los más terribles castigos. Ante su vista, Herodes palidece y se estremece. ¡ Ay ! que el que se deja guiar por el respeto humano es bien digno de lástima.

Es verdad que el respeto humano no nos impide hacer algunas buenas obras. Pero ¡ cuántas veces, en las mismas buenas obras, nos hace perder el mérito ! ¡ Cuántas buenas obras, que no haríamos si no espe-

ráramos ser por ellas alabados y estimados del mundo !  
¡ Cuántos no vienen a la iglesia más que por respeto humano, pensando que, desde el momento en que una persona no practica ya la religión, por lo menos exteriormente, no se tiene confianza en ella, pues, como suele decirse : ¡ donde no hay religión, no hay tampoco conciencia ! ¡ Cuántas madres que parecen tener mucho cuidado de sus hijos, lo hacen sólo por ser estimadas a los ojos del mundo ! ¡ Cuántos, que se reconcilian con sus enemigos sólo por no perder la estima de la gente ! ¡ Cuántos, que no serían tan correctos, si no supiesen que en ello les va la alabanza mundana ! ¡ Cuántos, que son más reservados en su hablar y más modestos en la iglesia a causa del mundo ! ¡ Oh ! maldito respeto humano, qué de buenas obras echas a perder, que a tantos cristianos conducirían al cielo, y no hacen sino empujarlos al infierno !

Pero — me diréis — es que es muy difícil evitar que el mundo se entrometa en todo lo que uno hace. ¿ Y qué, H. M. ? No hemos de esperar nuestra recompensa del mundo, sino de sólo Dios. Si se me alaba, sé bien que no lo merezco, porque soy pecador ; si se me desprecia, nada hay en ello de extraordinario, tratándose de un pecador como yo, que tantas veces ha despreciado con sus pecados al Señor ; muchos más merecería. Por otra parte, ¿ no nos ha dicho Jesucristo : Bienaventurados los que serán despreciados y perseguidos ? Y ¿ quiénes son los que os desprecian ? ¡ Ay ! algunos infelices pecadores, que, no teniendo el valor de hacer lo que vosotros hacéis, para disimular su vergüenza quisieran que obrarais como ellos ; algún pobre ciego que, bien lejos de despreciaros, debiera pasarse la vida llorando su infelicidad. Sus burlas os demuestran cuán dignos son de lástima y de compasión. Son como una persona que ha perdido el juicio, que corre por las selvas, se arrastra por tierra o se arroja a los

precipicios, gritando a los demás que hagan lo mismo ; grite cuanto quiera, la dejáis hacer, y os compadeceís de ella, porque no conoce su desgracia. De la misma manera, H. M., dejemos a esos pobres desdichados que griten y se mofen de los buenos cristianos ; dejemos a esos insensatos en su demencia ; dejemos a esos ciegos en sus tinieblas ; escuchemos los gritos y aullidos de los réprobos ; pero nada temamos, sigamos nuestro camino ; el mal se lo hacen a sí mismos y no a nosotros ; compadezcámoslos, y no nos separemos de nuestra línea de conducta.

¿Sabéis por qué se burlan de vosotros ? Porque ven que les tenéis miedo y que por la menor cosa os sonrojáis. No es de vuestra piedad de lo que ellos hacen burla, sino de vuestra inconstancia, y de vuestra flojedad en seguir a vuestro capitán. Tomad ejemplo de los mundanos ; mirad con qué audacia siguen ellos al suyo. ¿No les veis cómo hacen gala de ser libertinos, bebedores, astutos, vengativos ? Mirad a un impúdico ; ¿se avergüenza acaso de vomitar sus obscenidades delante de la gente ? ¿Y por qué esto, H. M. ? Porque los mundanos se ven constreñidos a seguir a su amo, que es el mundo ; no piensan ni se ocupan más que en agradarle ; por más sufrimientos que les cueste, nada es capaz de detenerlos. Ved aquí, H. M., lo que haríais también vosotros, si quisierais en este punto imitarlos. No temeríais al mundo ni al demonio ; no buscaríais ni querríais más que lo que pueda agradar a vuestro Señor, que es el mismo Dios. Convenid conmigo en que los mundanos son mucho más constantes en todos los sacrificios que hacen para agradar a su amo, que es el mundo, que nosotros en hacer lo que debemos para agradar a nuestro Señor, que es Dios.

II. — Pero ahora volvamos a empezar de otra manera. Dime, amigo, ¿por qué razón te mofas tú de

los que hacen profesión de piedad, o, para que lo entiendas mejor, de los que gastan más tiempo que tú en la oración, de los que frecuentan más a menudo que tú los Sacramentos, de los que huyen los aplausos del mundo? Una de tres, H. M. : o es que consideráis a estas personas como hipócritas, o es que os burláis de la piedad misma, o es, en fin, que os causa enojos ver que ellos valen más que vosotros.

1.º Para tratarlos de hipócritas sería preciso que hubierais leído en su corazón, y estuviéseis plenamente convencidos de que toda su devoción es falsa. Pues bien, H. M., ¿no parece natural, cuando vemos a una persona hacer alguna buena obra, pensar que su corazón es bueno y sincero? Siendo así, ved cuán ridículos resultan vuestro lenguaje y vuestros juicios. Veis en vuestro vecino un exterior bueno, y decís o pensáis que su interior no vale nada. Os muestran un fruto bueno ; indudablemente, pensáis, el árbol que lo lleva es de buena calidad, y formáis buen juicio de él. En cambio, tratándose de juzgar a las personas de bien, decís todo lo contrario : el fruto es bueno, pero el árbol que lo lleva no vale nada. No, H. M., no, no sois tan ciegos ni tan insensatos para disparatar de esta manera.

2.º Digo, en segundo lugar, que os burláis de la piedad misma. Pero me engaño ; nos os burláis de tal persona porque sus oraciones son largas o frecuentes y hechas con reverencia. No, no es por esto, porque también vosotros oráis (por lo menos, si no lo hacéis, faltáis a uno de vuestros primeros deberes). ¿Es acaso porque ella frecuenta los Sacramentos? Pero tampoco vosotros habéis pasado el tiempo de vuestra vida sin acercaros a los santos Sacramentos ; se os ha visto en el tribunal de la penitencia, se os ha visto llegaros a la sagrada mesa. No despreciáis, pues, a tal persona porque cumple mejor que vosotros sus deberes de religión, estando perfectamente convencidos del peligro en que



estamos de perdersnos, y, por consiguiente, de la necesidad que tenemos de recurrir a menudo a la oración y a los Sacramentos para perseverar en la gracia del Señor, y sabiendo que después de este mundo ningún recurso queda : bien o mal, fuerza será permanecer en la suerte que, al salir de él, nos quepa por toda la eternidad.

3.º No, H. M., nada de esto es lo que nos enoja en la persona de nuestro vecino. Es que, no teniendo el valor de imitarle, no quisiéramos sufrir la vergüenza de nuestra flojedad ; antes quisiéramos arrastrarle a seguir nuestros desórdenes y nuestra vida indiferente. ¿Cuántas veces nos permitimos decir : para qué sirven tanta mojigatería, tanto estarse en la iglesia, madrugar tanto para ir a ella, y otras cosas por el estilo ? ¡ Ah, H. M. ! es que la vida de las personas seriamente piadosas es la condenación de nuestra vida floja e indiferente. Bien fácil es comprender que su humildad y el desprecio que ellas hacen de sí mismas condena nuestra vida orgullosa, que nada sabe sufrir, que quisiera la estimación y alabanza de todos. No hay duda de que su dulzura y su bondad para con todos abochor-na nuestros arrebatos y nuestra cólera ; es cosa cierta que su modestia, su circunspección en toda su conducta, condena nuestra vida mundana y llena de escándalos. ¿No es realmente esto solo lo que nos molesta en la persona de nuestros prójimos ? ¿No es esto lo que nos enfada cuando oímos hablar bien de los demás y publicar sus buenas acciones ? Sí, no cabe duda de que su devoción, su respeto a la iglesia nos condena, y contrasta con nuestra vida toda disipada y con nuestra indiferencia por nuestra salvación. De la misma manera que nos sentimos naturalmente inclinados a excusar en los demás los defectos que hay en nosotros mismos, somos propensos a desaprobar en ellos las virtudes que no tenemos el valor de practicar. Así lo es-

tamos viendo todos los días. Un libertino se alegra de hallar otro libertino que le aplauda en sus desórdenes; lejos de disuadirle, le alienta a proseguir en ellos. Un vengativo se complace en la compañía de otro vengativo, para aconsejarse mutuamente, a fin de hallar el medio de vengarse de sus enemigos. Pero poned una persona morigerada en compañía de un libertino, una persona siempre dispuesta a perdonar con otra vengativa; veréis cómo en seguida los malvados se desenfrenan contra los buenos y se les *echan encima*. ¿Y por qué esto, H. M., sino porque, no teniendo la virtud de obrar como ellos, quisieran poder arrastrarlos a su parte, a fin de que la vida santa que éstos llevan no sea una continuada censura de la suya propia? Mas, si queréis comprender la ceguera de los que se mofan de las personas que cumplen mejor que ellos sus deberes de cristianos, escuchadme un momento.

¿Qué pensarías de un pobre que tuviera envidia de un rico, si él no fuese rico sino porque no quiere serlo? No le diríais: amigo, ¿por qué has de decir mal de esta persona a causa de su riqueza? De ti solamente depende ser tan rico como ella, y aun más si quieres. Pues de igual manera, H. M., ¿por qué nos permitimos vituperar a los que llevan una vida más arreglada que la nuestra? Sólo de nosotros depende ser como ellos y aun mejores. El que otros practiquen la religión con más fidelidad que nosotros nos nos impide ser tan honestos y perfectos como ellos, y más todavía, si queremos serlo.

Digo, en tercer lugar, que las gentes sin religión que desprecian a quienes hacen profesión de ella...; pero, me engaño: no es que los desprecien, lo aparentan solamente, pues en su corazón los tienen en grande estima. ¿Queréis una prueba de esto? ¿A quién recurrirá una persona, aunque no tenga piedad, para hallar algún consuelo en sus penas, algún alivio en sus tris-

tezas y dolores? ¿Creéis que irá a buscarlo en otra persona sin religión como ella? No, amigos míos, no. Conoce muy bien que una persona sin religión no puede consolarle, ni darle buenos consejos. Irá a los mismos de quienes antes se burlaba. Harto convencido está de que sólo una persona prudente, honesta y temerosa de Dios puede consolarlo y darle algún alivio en sus penas. ¡Cuántas veces, en efecto, H. M., hallándonos agobiados por la tristeza o por cualquiera otra miseria, hemos acudido a alguna persona prudente y buena y, al cabo de un cuarto de hora de conversación, nos hemos sentido totalmente cambiados y nos hemos retirado diciendo: ¡Qué dichosos son los que aman a Dios y también los que viven a su lado! He aquí que yo me entristecía, no hacía más que llorar, me desesperaba; y, con unos momentos de estar en compañía de esta persona, me he sentido todo consolado. Bien cierto es cuanto ella me ha dicho: que el Señor no ha permitido esto sino por mi bien, y que todos los santos y santas habían pasado penas mayores, y que más vale sufrir en este mundo que en el otro. Y así acabamos por decir: en cuanto se me presente otra pena, no demoraré en acudir a él de nuevo en busca de consuelo. ¡Oh, santa y hermosa religión! ¡cuán dichosos son los que te practican sin reserva, y cuán grandes y preciosos son los consuelos y dulzuras que nos proporcionas...!

Ya veis, pues, H. M., que os burláis de quienes no lo merecen; que debéis, por el contrario, estar infinitamente agradecidos a Dios por tener entre vosotros algunas almas buenas que saben aplacar la cólera del Señor, sin lo cual pronto seríamos aplastados por su justicia. Si lo pensáis bien, una persona que hace bien sus oraciones, que no busca sino agradar a Dios, que se complace en servir al prójimo, que sabe desprenderse aun de lo necesario para ayudarle, que per-

dona de buen grado a los que le hacen alguna injuria, no podéis decir que se porte mal, antes al contrario. Una tal persona no es sino muy digna de ser alabada y estimada de todo el mundo. Sin embargo, a esta persona es a quien criticáis; pero ¿no es verdad que, al hacerlo, no pensáis lo que decís? Ah, es cierto, os dice vuestra conciencia; ella es más dichosa que nosotros. Oye, amigo mío, escúchame, y yo te diré lo que debes hacer: bien lejos de vituperar a esta clase de personas y burlarte de ellas, has de hacer todos los esfuerzos posibles por imitarlas, unírte todas las mañanas a sus oraciones y a todos los actos de piedad que ellas hagan entre día. Pero — diréis — para hacer lo que ellas se necesita violentarse y sacrificarse demasiado. ¡Cuesta mucho trabajo!... No tanto como queréis vosotros suponer, H. M. ¿Tanto cuesta hacer bien las oraciones de la mañana y de la noche? ¿Tan dificultoso es escuchar la palabra de Dios con respeto, pidiendo al Señor la gracia de aprovecharse? ¿Tanto se necesita para no salir de la iglesia durante las instrucciones? ¿para abstenerse de trabajar el domingo? ¿para no comer carne en los días prohibidos y despreciar a los mundanos empeñados en perderse?

Si es que teméis que os llegue a faltar el valor, dirigid vuestros ojos a la cruz donde murió Jesucristo, y veréis cómo no os faltará aliento. Mirad a esas muchedumbres de mártires, que sufrieron dolores que no podéis comprender vosotros, por el temor de perder sus almas. ¿Os parece que se arrepienten ahora de haber despreciado el mundo y el *qué dirán*?

Concluyamos, H. M., diciendo: ¡Cuán pocas son las personas que verdaderamente sirven a Dios! Unos tratan de destruir la religión, si fuese posible, con la fuerza de sus armas, como los reyes y emperadores paganos; otros con sus escritos impíos quisieran deshonorarla y destruirla si pudiesen; otros se mofan de ella



en los que la practican ; otros, en fin, sienten deseos de practicarla, pero tienen miedo de hacerlo delante del mundo. ¡ Ay, H. M. ! ¡ qué pequeño es el número de los que andan por el camino del cielo, pues sólo se cuentan en él los que continua y valerosamente combaten al demonio y sus sugerencias, y desprecian al mundo con todas sus burlas ! Puesto que esperamos nuestra recompensa y nuestra felicidad de sólo Dios, ¿ por qué, H. M., amar al mundo, habiendo prometido con juramento aborrecerlo y despreciarlo para no seguir más que a Jesucristo, llevando nuestra cruz todos los días de nuestra vida ? Dichoso, H. M., aquel que no busca sino sólo a Dios y desprecia todo lo restante. Esta es la dicha...

# CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

## SOBRE LA SATISFACCIÓN

*Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ.*

Haced, pues, dignos frutos de penitencia.

(S. Luc., III, 8.)

Este es, H. M., el lenguaje que el santo Precursor usaba con todos los que venían a él en el desierto a aprender de sus labios qué debían hacer para alcanzar la vida eterna. Haced dignos frutos de penitencia — les decía — para que vuestros pecados os sean perdonados. Es decir, H. M., que quien de vosotros haya pecado no tiene otro remedio que la penitencia, aun los que están ya perdonados. En efecto, nuestros pecados, perdonados en el tribunal de la penitencia, reclaman todavía penas y castigos, o en este mundo, con los dolores y miserias de la vida, o en las llamas del purgatorio. Esta diferencia hay, H. M., entre el sacramento del bautismo y el de la penitencia: en el del bautismo Dios no atiende más que a su misericordia, es decir, nos perdona sin exigir nada de nosotros; mientras que en el de la penitencia no nos perdona los pecados ni nos devuelve la gracia sino a condición de que suframos una pena temporal, o en este mundo, o en las llamas del purgatorio; y esto lo hace para castigar al pecador por el desprecio y el abuso de sus gracias. Dios quiere, además, que hagamos penitencia por nuestros pecados, a fin de preservarnos de